

Apariencias[♦]

Marcus André Vieira¹

Referencia

Vieira, M. A. Apariencias. Apariencias, Rutina y Real. Avatares, revista de psicoanálisis del CID. n. 2, 2008.

[Indice](#)

1- No hay

Partamos del “no hay”. Somos partidarios del discurso del no hay. Sabemos por Lacan que no faltan relaciones, pero falta la proporción, la medida – la biológica por ejemplo- que establezca una complementariedad o simetría previa entre hombres y mujeres. Es por eso que existen montajes que pretenden construir puentes sobre esa laguna real. Lo ilustraré con una historia que me contaron hace un tiempo, sobre una moda en Japón, la de un celular muy especial; sus portadores le introducían una gran cantidad de datos de personas, tales como color, equipo de futbol preferido o el barrio donde viven. Entonces cuando dos celulares afines se encontraban en el metro o en el ómnibus, les sonaba una misma señal que les indicaba: “tengo algo que ver con vos”. Esto produjo muchos casamientos.

¿Por qué sonreímos? Porque sabemos que “no hay”, lo que nos da la fuerza para mirar con ironía esta clase de montaje. Se nos impone una distancia cuando nos encontramos con esta clase de ficción, que es del mismo género de las que sustenta la ciencia actual. En ese sentido descubrí un experimento científico, en el cual se buscaba demostrar que las feromonas causan atracción sexual². Las mujeres olían las camisas que unos hombres habían usado para dormir durante varias noches. Se comprobó que las mujeres preferían los olores correlacionados con las proteínas de histocompatibilidad que les faltaban; lo que podemos traducir como: nos excitamos con aquellos que tienen sistemas inmunológicos complementarios; o más claro aún, los que tienen un olor parecido se encuentran.

En la historia del celular se trata de lo mismo: una serie de montajes, apariencias y sentidos, definen la relación.

2- Sólo hay

[♦] Presentado en el *Coloquio sobre el semblante*: La comedia de los sexos en el siglo XXI de la EBP- Río, en la Mesa de apertura, Río de Janeiro, 5 de Julio de 2008. Publicado en portugués como: Apariencias. Latasa (Río de Janeiro), v. 1, p. 19-30, 2008.

¹ AME, Analista miembro de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis (EBP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP).

² Cf. Vieira, M. A. “Sexo cortés”, *Clique* n.2, 2003

El segundo punto es: si no hay, entonces solo hay. A partir de esos encuentros en el metro la gente se casa, tienen hijos y pasan cosas en lo real. El mercado lanza cada día nuevas drogas, dentro de poco, la ciencia va a ofrecer un fermonex para que se pueda tener un hijo con un olor predefinido. Sabemos que los semblantes hacen cosas, no son apenas ilusiones, las apariencias no sólo engañan. Si no hay y las apariencias no engañan, se tiende a creer que sólo hay camino hacia lo real a partir de las apariencias, que sólo hay apariencias y nada más³. Cuando no hay relación se promueven los semblantes. ¿Será? Vamos a citar lo que propone Lacan en el seminario 18:

“Hacerse - hombre... También, todo lo testimonia inclusive las referencias usuales, en el pavoneo sexual, en los mamíferos superiores (...). Con seguridad el comportamiento humano consiste en una cierta conservación de esa apariencia animal.”⁴

Tendemos a pensar que la civilización es el imperio de las apariencias, pero para Lacan es lo contrario. La relación sexual humana se da por medio de las apariencias, tal como en el caso de los animales. Lo interesante es que Lacan no degrada al hombre acercándolo al animal, al contrario, el animal es promovido por una aproximación al hombre. Los animales no se relacionan por organicidad, por genética, sino que se orientan y se relacionan por apariencias. Ellos pueden ser engañados, pueden aprender, etc. En ese sentido, con solo tomar el carácter de las apariencias, somos como los animales. Es importante recordar que las apariencias están en el reino animal, no son construcciones civilizadas de los hombres.

Con eso, subimos a los animales al plano de las apariencias, en lugar de descender a los hombres al plano de lo orgánico.

Manteniendo la idea de que la relación ocurre siempre a través de los semblantes, queda una cuestión: ¿cómo elegir cual de ellos usar?, ¿cuál?; Son muchos los que pueden producir relaciones, y ya no tenemos el norte paterno como manual de los semblantes sexuales civilizados. El padre nos ayudaba a elegir el semblante correcto, el “natural”. Pero ahora, con el padre desplomado, ¿cuál sería el buen semblante?

3- Desengañados

Si “sólo hay” apariencias, se podría pensar que la apariencia es todo. Es la tónica de hoy. El peligro de esto es que revela que jugamos un poco con las palabras. Si la apariencia no engaña ¿qué es lo que hace? Busqué en el diccionario⁵ y que no existe el antónimo de engañar: encontré desilusionar, desmitificar y hasta desengañar, o sea, fuera de las apariencias el “no tonto” de Lacan es solamente un desengañando, es aquel que según

³ Una de las posibles traducciones del término semblante, usado por Lacan. No busco establecer ninguna diferencia entre los términos “semblante” y “apariciencia”, sino sólo explorar ambos términos en el campo de la semántica en portugués recubierto por su correspondiente francés. En el Seminario 18, inmediatamente después de relucir la máquina simbólica y postulando la estructura de los discursos, para evitar el riesgo de que los esquemas y matemas sean tomados como “A” escrita de lo real, Lacan introduce el semblante y se pregunta si habría un discurso que no sería de semblante. Advierte que el discurso es un artefacto, una gestión de los semblantes y que su realidad no está escrita, tampoco los matemas. Afirma reiteradamente en el Seminario 18 que sus grafos y esquemas no funcionan por sí solo. Intentando evitar la propagación de lo aprendido en sus esquemas desvinculados con la experiencia que los forjó, él insiste que, sin su saliva, sin el goce que los inscribió, sus esquemas no vinculan lo real del psicoanálisis: Están aquellos que pretenden comentarme partiendo de los grafos. Están equivocados, los grafos son comprensibles en función de los efectos de estilo, que son de alguna manera, los escalones de acceso a los grafos y a los escritos de Lacan. J. D’un discours qui ne serait pas un semblant, op. cit., p. 62.

⁴ Lacan J. D’un discours qui ne serait pas du semblant (1971). Paris: Senil, 2006, p.32

⁵ Cf. Diccionario electrónico Houaiss de la lengua portuguesa.

el título de su seminario “erra” (Les nom- dupes errent). En esto se funda el cinismo pragmático contemporáneo. El problema es que si cualquier cosa vale desde que produce un lucro o un goce, ¿entonces cómo hacer?

Hay cierta tendencia a agarrarse rígidamente de cualquier semblante, no el que exactamente sugiere el padre sino cualquier que se convertirá en identidad, el síntoma o el modo de goce. Traigo como ilustración el “Orkut”, comunidades virtuales que tienen modos de goce tales como: “pienso con la heladera abierta”, “el celular del borracho es un arma”, “leo el rótulo del shampoo cuando me estoy bañando” y otros de ese clase. Son nombres de comunidades: un aspecto define una apariencia que pasa a valer como identidad. Soy uno de aquellos que va por la vida leyendo rótulos de shampoo. A partir de ese semblante me encuentro y relaciono con los demás, incluso con el otro sexo. La plasticidad de este sistema se sostiene en la necesidad de constituir una identidad *customizada*: la actualización continua de la lista de las comunidades a las que pertenezco, soy yo. A pesar de eso, la cosa es bastante rígida porque si adopto más de esos semblantes, no puedo ser nada más que eso. Es así como el montaje del celular será un encuentro excesivamente regulado, que apenas va contra la apariencia.

4- Algo más

En ese ambiente de debilitamiento paterno, ¿sería el desengaño la única posibilidad para definirnos en la buena apariencia y en la civilización sexual? En el pasaje citado a continuación, Lacan define lo que sería lo propiamente humano.

La única cosa en que (el comportamiento humano) se diferencia (de la apariencia animal) es que ese semblante está (en el caso del hombre) vehiculizado por un discurso, y es en ese nivel del discurso, en ese nivel de discurso solamente, que llega, si me permitan, a un efecto que no sería de la apariencia. Esto quiere decir que, en vez de la exquisita “cortesía animal”, ocurre que los hombres violan una mujer, o viceversa. En los límites del discurso, en la medida en que este se esfuerza en mantener el mismo semblante, de vez en cuando hay real. Es lo que se llama pasaje al acto.⁶

En este pasaje Lacan articula los semblantes a un goce que los excede y que aparece como una especie de violencia. Lacan define el comportamiento de las apariencias como cortesía, dejando en claro la inversión que destacué: el sexo animal es cortés y civilizado porque está regido por las apariencias, mientras que el humano cada vez que busca quedarse en las apariencias, acaba por llegar a la irrupción de una ruptura violenta. Al final, el semblante no es todo. En función del modo en que el hombre se inserte en el lenguaje, hay para él un goce extra, desregulado. Es eso lo que nos separa de los animales. No es que somos hombres porque seamos más civilizados; al contrario, es porque somos excesivos, capaces de una violencia que puede romper con todo.

Está claro que la violencia no caracteriza lo humano. Cuando nos limitamos a seguir los semblantes, sin considerar como en el subtítulo de nuestro encuentro que “hay algo más”, ese algo surge como violencia, como ruptura de los semblantes, como pasaje al acto. En este sentido, el animal sólo tiene un sexo cortes, mientras que la sexualidad humana está relacionada con la irrupción de alguna cosa que rompe con los semblantes.

5- Lo imposible

⁶ Lacan, J. D'un discours qui ne serait pas du semblant, op. cit, pp. 32-33. Grifos meus

De cierta manera, la transformación “orkutiana” de un modo de goce en una identidad es una defensa contra la violencia del goce. Solamente que cuando más me identifico físicamente, más estoy en el esquema de la cortesía animal y más viraré hacia el pasaje al acto. Debe haber otra manera de incluir ese goce desregulado, ese algo más, que no sea como pasaje al acto. Ese es el trabajo del psicoanalista. La cortesía animal difiere de la cortesía humana a pesar de que las dos movilizan semblantes. Mientras que la primera es de un modelado fijo, la última es de un modelado artesanal, discursivo, al cual a veces le ocurre lo imposible: la ruptura de los semblantes; el analista actúa justo en el punto en que está esa ruptura.

Es probable que el modo más claro de pedir un análisis se dé a partir de la ruptura del semblante. Cuando se asume una actitud, una pérdida se mitiga, algo indecible se dijo o se produce un pasaje al acto, mostrando que los semblantes ya no se sostienen, vamos al analista para que diga: “eso es, lo imposible ocurrió”. El psicoanálisis existe justamente porque los imposibles ocurren. Entonces el analista puede entrar en escena, encuentra un lugar para lo imposible ante la ausencia del manual paterno de cortesía.

¿Es posible encontrar un lugar para lo imposible dentro de la red de discurso cuando no hay camino paterno? Podemos citar aquí lo que Lacan indica en este seminario como alternativa, el Japón. El sujeto, tal como se constituyó en el Japón, se apoya “en un cielo estrellado y no en un trazo unario para su identificación fundamental”. En vez del nombre del padre hay un juego de identificaciones plurales.

6- Salón de belleza

La cortesía animal, de semblantes fijos, y la caballeresca cortesía occidental, de semblante organizado en torno al padre (un semblante de excepción), vienen a asociarse con la inaprensible cortesía oriental. La cuestión es ¿cómo pensar una gestión estable de las apariencias? Para no vernos obligados a buscar apoyo en el ejemplo del Japón, tal vez nuestra imagen pueda ser la de un salón de belleza. De hecho, pienso que el sentido de la interrogación freudiana acerca de la sexualidad femenina es exactamente éste: ¿cómo orientarse sin un padre? Más allá de que sería imposible abordar el tema de las apariencias sin ingresar en ese campo privilegiado que Lacan llamó “no-todo”, el salón de belleza, o un spá, es eso, una procuración de las apariencias sin que haya un punto central aprensible, localizado; la apariencia se tomaría como real. Aquí la cortesía masculina da lugar a un (aparentemente) frenético manoseo de los semblantes. Debemos incluir en esta noción de las apariencias la versión del maquillaje, de la cirugía plástica, de los implantes de silicona y otros.

Para orientarnos, Lacan propone una imagen que metaforiza la ruptura de los semblantes. Más allá del pasaje al acto, inscripto en el seno de la cortesía sexual/animal, Lacan construye una bella imagen para localizar eso sobre lo que nos podemos apoyar. Sabemos que Lacan opone, en el seminario 18, al pasaje al acto y a los semblantes fijos, la imagen de la erosión, con la lluvia cayendo sobre la planicie. Es una lección del seminario que fue reescrita para una revista de literatura con título de “Lituraterra”⁷. El brillo del sol ilumina las áreas por donde escurre el agua, y lo real comparece como lo que reluce, ofusca, choca, pero se encamina en las erosiones de la planicie. El juego de los semblantes se coordina a un juego de marcas invisibles.

7- Marcas

⁷ Lacan, J. “Lituraterra” (1971). Em: Outros estritos, Río de Janeiro: Jorge Zahar Editor, 2003, p.24.

Buscando una conexión más directa con el tema del síntoma, preferí privilegiar otra metáfora, la que propone Lacan en su conferencia sobre el síntoma en Ginebra⁸. Esta otra metáfora propone que tomemos el lenguaje como un baño, una lluvia que atraviesa una llovizna – la llovizna somos nosotros- y que deja en ella algunos desechos. Esos desechos son las marcas que, para cada uno, definen los posibles e imposibles de la danza de los semblantes, y que Lacan aproxima al síntoma. Son marcas del encuentro entre el lenguaje y lo real del cuerpo. Sólo que ellas no están articuladas. La idea de que serían desechos, restos en la llovizna, marcas que no están redactadas, que no forman texto y que no dicen nada: Eso sería el síntoma.

Entonces, es posible articular y rearticular esos desechos produciendo textos, produciendo cosas, pero solo con una base en la batería de esos restos. Un análisis vaciaría la bolsa hasta llegar a esa llovizna, llegaría hasta esos restos y nos liberaría de la idea de articulación natural: porque me ocurrió tal y tal cosa yo tengo que ser esto y aquello. ¡No! Me ocurrió tal y cual cosa y quedé con esas marcas, pero esas marcas en sí no definen la escena en la que estoy preso; a lo sumo son las letras de un poema concreto. Con ellas, se pueden escribir textos y más textos.

Nuestro *savoir faire* con el síntoma sería, el *savoir fair* con el alfabeto básico necesario para el uso de los semblantes, pero con las marcas. Volviendo al salón de belleza y transponiendo esa idea al contexto, diremos que lo que importa es el *savoir fair* no con el maquillaje sino con las arrugas. En caso en que se fuera al salón de belleza para aprender a sacarse las arrugas, la cosa funciona a nuestra manera. Si buscamos un *savoir fair* con el maquillaje, llegamos al cinismo de hoy, a la adherencia desesperada a la imagen, incluidos sus correlatos de pasaje al acto quirúrgico.

8- Noel

Para completar y no quedar sólo con el lado femenino, querría referirles la conocida canción de Noel Rosa, *Três apitos*⁹ (Tres silbidos); conocemos la historia de la canción y el drama puede ser resumido de la siguiente forma: su mujer lo abandona porque quería un bohemio, ella trabaja en la fábrica de tejidos mientras él, ante la imposibilidad de la relación, lamenta perderla. El impasse está ahí y la canción señala tres soluciones posibles.

La primera sería volverse gerente de la fábrica –“vos no escuchás la bocina de mi auto, pero sí al llamado del gerente”- dice él y gana un síntoma de identidad fija, una identidad socialmente aceptada y deseada por la mujer. Él ganaría el cuerpo correcto pero no el goce, o tendría el goce correcto pero un goce extra podría estorbar. Aquí ronda el peligro del pasaje al acto: por ejemplo, se va a emborrachar o cualquier otra cosa parecida. Su goce, su síntoma como decimos, no es lo que le propone la cortesía animal, social, de gerente de fábrica. No puede decir su síntoma, pero ya lo conoce un poco, no es el de gerente. Él dice: “mi destino fue trazado en la baraja, soy un poeta muy triste”; por lo tanto solamente goza a la noche.

⁸ Lacan, J. “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma”. Em. Opção Lacaniana, nº23. San Pablo: Eolia, 1998.

⁹ Cuando el silbido de la fábrica de telas/ Viene a herir mis oídos/ Yo me acuerdo de vos/ Pero vos andas/ Sin duda muy irritada/ O estás interesada / En fingir que no me ves/ Vos escuchas el silbido/ De una chimenea de barro/ Por qué no atiendes al afligido grito/ De la bocina de mi auto/

Vos en el invierno/ Sin medias vuelves al trabajo/ No tienes fe en el abrigo/ Ni tampoco en el frío/ Para vos es lo mismo/ Artículo que no se imita/ Cuando la fábrica pita/ Hace tu reclamo/ En mis ojos vos ves/ Cómo sufro cruelmente/ Celoso del gerente impertinente/ Que te da órdenes/ Soy el sereno/ Poeta muy nocturno/ Voy a volverme sereno/ Y vos sabes por qué/ Pero lo que no sabes/ Es que mientras tocas el piano/ Hago junto al piano/ Estos versos para vos. (Versión del traductor)

La segunda opción sería volverse guardia nocturno, y propone: “voy a volverme guardia nocturno para estar cerca de ti”. Esa solución es aparentemente bizarra desde el punto de vista de la cortesía social, porque el guardia nocturno no es exactamente una identidad, es una especie de nominación creada por él; su sentido propio no tiene contenido porque no define lo que se es o lo que se debe hacer; apenas confiere una localización como el 34-43-33 de otro samba célebre, que simplemente tiene su oficina en el bar de la otra música. Siguiendo esa vía, él tendría una especie de lugar y un horario fijo que le daría la posibilidad de encontrarla regularmente al menos dos veces al día. No parece nada bueno, era mejor ser gerente; pero es lo posible con su síntoma y evita la violencia a la cual se condenaría volviéndose gerente.

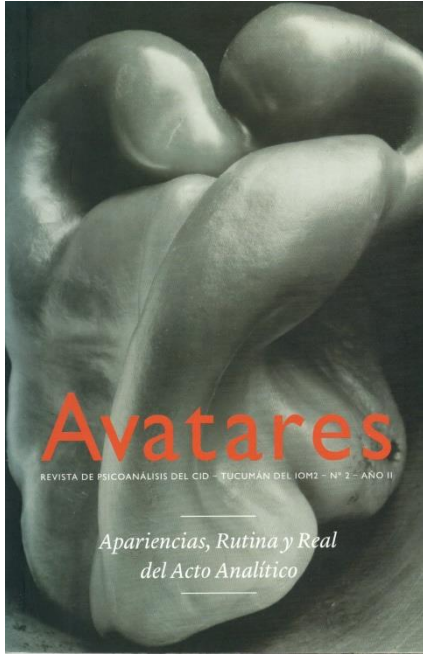
Finalmente está la posibilidad de un trabajo eternamente recommenzado durante la madrugada. Mientras ella duerme, él dice que “hace esos versos para vos”. Esta versión, más sublimatoria, no debe ser idealizada porque el pensar, “que bien, él ahora va a hacer versos para ella y contribuirá a la humanidad con su arte”, no garantiza que su arte sea bueno y de todos modos su vida quedará peor. Por lo menos todavía queda más lejos de ella.

Entonces tenemos tres soluciones, cada una feliz a su modo. La felicidad del síntoma podría ser cualquiera de las tres; pero si tomáramos en serio nuestra teoría, no sería ninguna de las tres en sí. Tendrá algo de lo imaginario de la identidad, algo de lo simbólico de un nombre vacío y algo de lo real de un hacer. Entre las tres no habrá excepción, ni progresión, ni jerarquía; habrá a lo sumo un hilo tejido, el eslabón que los entrelaza y articula dando el tono.

En el esfuerzo de imaginación que propongo aquí para materializar ese cuarto hilo, espero que me sea permitido seguir con el monstruo sagrado de Noel Rosa. La marca- objeto que le interesaría al analista de Noel, si es que precisara de una, no sería el estrago que produce el alicate en su mentón; de un modo u otro, con la deformidad que el otro nos imprime, poco podemos hacer más allá de la protesta inútil y del conformismo. ¡No! Lo importante es que en el trazo de esa marca puede anidarse lo real de un goce, con el cual hay mucho por hacer. Es lo que se aloja en la garganta de Noel como voz, una voz singular, entre ronca y estridente, casi femenina, que nos llega del siglo pasado. Marca en la carne, se vuelve una marca registrada, un estilo que marca. Esa voz tal vez sea lo más cercano a lo que llamamos síntoma; es eso lo que me interesa, lo que hizo Noel cuando compuso esta canción, dar lugar a su voz.

¿Alguna vez oirán ustedes su voz? Abran sus oídos y escuchen de nuevo el samba. La mujer siempre estuvo ahí, cualquiera sea el cantante. Aullido del silbido, ella atraviesa toda la música, da qué hablar, y decide posarse suavemente en el ritmo del piano.

Traducción de Luis Federico Seiffe



Avatares

REVISTA DE PSICOANÁLISIS DEL CID - TUCUMÁN DEL IOM2 - N° 2 - AÑO II

*Apariencias, Rutina y Real
del Acto Analítico*

ΦM2

INSTITUTO OSCAR MASOTTA

Auspiciado por el Institut du Champ Freudien
y el Departamento de Psicoanálisis de la
Universidad de París VIII

email: iom.cid.tucuman@gmail.com
web: cid-tucuman.blogspot.com.ar

DIRECCIÓN

Rosana Aldonate

COMITÉ ASESOR

Mónica Torres
Silvia Elena Tendlarz

COMITÉ DE REDACCIÓN

Ana Ruth Najles
Silvia Ons
Carolina Neme

COMITÉ CIENTÍFICO

Gabriela Duguech
Rafael Krasnogor

TRADUCTOR EN ESTE NÚMERO:

Luis Federico Seiffe

COLABORÓ EN ESTE NÚMERO:

Aitana Martel Duguech

MAQUETACIÓN Y DISEÑO
BTO Design - Sebastián Villalonga

PORTADA

Edward Weston, "Pepper No. 30" (1930)

IMPRENTA:

Artes Gráficas Crivelli
Salta, Argentina

AVATARES

Es una Publicación del
CID Tucumán del IOM2

EMAIL:

iom.cid.tucuman@gmail.com

PÁGINA WEB:

www.cid-tucuman.blogspot.com.ar

FACEBOOK

www.facebook.com/Instituto.Oscar.
Masotta.CID.Tucuman

Los trabajos publicados en este
número han sido cedidos por sus
autores, quienes declararon ser
autores originales de los mismos

ISBN:

978-987-33-6929-2



Índice

EDITORIAL	6
Por Rafael Krasnogor	
ENTREVISTA	9
A Graciela Esperanza realizada por Carolina Neme	
ROMPER LAS APARIENCIAS	18
Marcus André Vieira . Apariencias	26
Gustavo Stiglitz . La interpretación del analista Desde la perspectiva del <i>sinthome</i>	30
Angélica Marchesini . Lo real como imposible	33
Gerardo Arenas . ¿Cómo romper la rutina en la pareja?	42
Silvia Elena Tendlarz . De la sexualidad femenina al goce como tal	
ESTATUTO DEL ACTO ANALÍTICO	46
Rosana Aldonate . Cuando la acción pierde la ficción	50
Elvira Escalante . Entre emoción y embarazo	54
Carolina Neme . El analista en la experiencia analítica	58
Omar Asan . Psicoanálisis y política de la transferencia	
SÍNTOMA Y FANTASMA	62
Viviana Jaime . ¿Qué satisfacción encontramos en el síntoma?	65
Daniela Villalba . Puntuaciones en torno a la función del axioma en la estructura	68
Rafael Krasnogor . Lacan y los mitos	
ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE	74
Ricardo Gandolfo . ¿Tiene la vida algo que ver con la muerte?	79
Un comentario desde el psicoanálisis	
Miguel López . Cuando la muerte asoma en el horizonte	
EL NIÑO SIN SECRETOS Y NUEVAS LOCURAS	84
Gabriela Duguech . ¿Medicalizar y psiquiatrizar el desamparo?	88
¿Qué lugar para la singularidad y la intimidad?	
María Teresa Pérez . Notas sobre nuevas locuras	
COMENTARIOS DE LIBROS	92
Rosana Aldonate . <i>Seminario 6: El deseo y su interpretación</i> de Jacques Lacan	94
Andrea Fenik . <i>Escuchen a los autistas</i> de Jean Claude Maleval	95
Luis Seiffe . <i>El últimísimo Lacan</i> de Jacques-Alain Miller	